

# La Biblioteca de Babel

Hugo Hiriart

Deambulo por los estantes, entre los libros de la Biblioteca Widener, la más grande y surtida de Harvard, verdadera “Biblioteca de Babel” borgiana, así de enorme, inacabable. El monstruo se extiende a los cuatro rumbos, hacia abajo en extraños túneles, pequeñas puertas, pasillos estrechos que giran inesperadamente, y para todos lados multiplica sus corredores, estantes y volúmenes.

Como diría Chesterton, donde hay todo muy a menudo no podemos hallar nada; el propio tamaño la hace inmanejable. No ahora, en el apogeo de la computadora. Con todo, no encontré el volumen que buscaba, ya voy saliendo. Si es facilísimo, me dice mi mujer, hasta un niño puede buscar lo que sea. ¿Un niño?, no lo dudo, pero hay muchas cosas que puede hacer un niño y no puedo hacer yo. Así que ya voy saliendo pesadamente de las tinieblas del antro hacia la luz del día. En la salida voy pajareando aquí y allá, como debe ser, leyendo lomos de libros. Y me topo con un estante con libros sobre mi admirado historiador inglés A.J.P. Taylor, unos escritos por él, incluida su autobiografía, que hace años leí, y otros suyos que no he leído, y otros sobre él escritos por mano ajena: dos libros acerca del historiador de la pluma de Eva, su esposa húngara; dos biografías y un enorme volumen con cartas.

Tomo un volumen de Taylor en cuyo lomo se lee: *An Old Man Diary (Diario de un viejo)*, lo abro al azar y leo: “en tanto me hago viejo, se acerca mi cumpleaños, reflexiono con fría curiosidad en los cambios que he presenciado. El más considerable cambio (consiste en esto): Cuando era joven, todos creíamos en el progreso y en la misma creencia estaban dos o tres generaciones arriba de nosotros (...) Y cantábamos al uní-

sono ‘todos los días en todo sentido estoy mejor y mejor’ (...) Muy poca gente cree eso en nuestros días...”.

Declara Taylor, siempre tan medido y poco amigo de vociferar, en vez de decir algo como: “Si es que hay todavía por ahí un loco que crea que estamos progresando constantemente y nos dirigimos a un porvenir luminoso, sin osos polares, pero brillante de todos modos”.

En mi caso, reflexiono con el volumen de Taylor abierto en la mano, en los cambios que yo he presenciado. Bueno, pienso, cuando era joven la gente hablaba con pasión y cariño sin límites de México, se preocupaba, se desvelaba por él.

Un día a Fernando Benítez le preguntaron para una revista estudiantil de Ciencias Políticas, donde era profesor, que qué era lo que en esta vida más le interesaba. Pensó un ratito y respondió: “México, a mí, México”.

A nadie le extrañó la respuesta, muchísima gente habría contestado lo mismo.

No diremos que si alguien confiesa ahora una preocupación así por México, pensaríamos que precisa ayuda psiquiátrica. Pero sí diremos con moderación tayloriana: “muy poca gente cree eso en nuestros días”.

Sigo de pie, inmóvil en el pasillo de la biblioteca. México como entidad a la que se podía tener idolátrica adoración desapareció, se la llevó el éter. O más precisamente el desencanto.

A lo mejor vuelve la ilusión, como volvió a los americanos con Obama. Estoy en la calle con Stuart, un peculiar mecánico conocido mío. No me acuerdo por qué le expreso mi deseo que Obama haga las cosas bien, que le salgan bien... Stuart sonrío,

no, si Obama falla nosotros nos convertimos en *dead meat*, buenos si acaso para una hamburguesa que alguien se coma... Es decir, como ellos mismos dicen, quedaríamos como perro aplastado...

Abro el libro de Taylor en otro lugar: habla de Palmerston, el que fuera primer ministro, y dice de él que pese a vivir una época con fama de pudibunda y recatada, era muy erotizado, que a diario tenía actividad sexual con diversas señoras o señoritas. Cuando en su diario anota, “buen día” es que tuvo una gran jornada amorosa, larga, agotadora, debidamente matizada y bien culminada; cuando no, cuando fue un mero intercambio intrascendente, simplemente marca la jornada con un asterisco. Aquí decido sacar el libro de la biblioteca, pese a que tengo otras cosas que leer. Voy hacia afuera, me desvío hacia el cafecito del sótano, pido un express descafeinado, lo corto y me siento a leer un poco.

Vuelvo a abrir el libro. Taylor habla de la leyenda o murmuración que asegura que Roosevelt sabía del ataque japonés a Pearl Harbor, pero calló y no tomó providencias para que, consumado el ataque a traición, Estados Unidos se viera obligado de entrar en la guerra. Que es lo que él, Roosevelt, quería desde hacía mucho. Taylor juzga que es absurdo pensarlo, que es falta completa de realismo, que ni siquiera el gobierno japonés conocía al detalle los planes de Yamamoto; vaya, que el propio Yamamoto no tenía idea de con cuánto éxito se realizaba el ataque...

Y así, con el libro en la mano, salgo: el sol se refleja con fuerza en la nieve, me coloco mis lentes polarizados y empiezo a caminar. **U**